

trado, nobiliario, desterrado y esnob de la ciudad. Barney fue, además, una fogosa amante lesbiana cuyas parejas estables, hasta edad proveyta, estuvieron siempre acompañadas por una tercera persona del singular, constituyendo la primera femenina del plural.

La biógrafa ha recorrido con minucia y orden las incontables anécdotas que trazan la vistosa y teatral vida de esta Amazona puesta en primera fila de candilejas de aquel mundo igualmente teatral y vistoso, donde todos eran personajes y los personajes acababan por ocupar la identidad de cada cual. Al lado de Barney pasa, de alguna manera, la historia literaria de París, desde Oscar Wilde hasta Sartre.

Las novelas, los pensamientos y los poemas de Barney son reseñados a medida que aparecen en sus días. Pero la más colorida y picante novela es la crónica de esos precisos días, registrada en memorias, cartas, diarios, columnas de periódicos. La admiración que Rodríguez profesa a su biografiada no la exime de cierta ingenuidad que recorre un camino en el cual el suicidio, la droga y el alcohol tienen su patética parte, pues la Amazona compensó el peligro de la locura con la interminable fiesta sofisticada de un jardín secreto en el corazón de la Orilla Izquierda.

Confesiones de un burgués, Sándor Márai. Traducción de Judit Xantus Szarvas. Salamandra, Barcelona, 2004, 478 pp.

A una edad imprevisible para escribir memorias, a los treinta y cuatro años, Márai escribió las suyas, que van desde los orígenes hasta que cristaliza su vocación de escritor. Nacido con el siglo, muerto en 1989 de modo suicida (en las memorias hay una premonición del hecho, aunque no, desde luego, de sus circunstancias), Márai asistió a los últimos años del Imperio Austrohúngaro, desde una pequeña ciudad de provincia. La descripción puntual que hace del empaque un tanto delirante de aquella sociedad, es el reverso de su fachada triunfal y operática. No menos sutil es el retrato psicológico de su familia y su estrecho entorno.

Lo sustancial del libro es el autoanálisis que el escritor en ciernes hace de sí mismo: un artista romántico que deja su casa y va por el mundo de extranjero. París y Berlín de los años interbélicos le valen de fondo. De alguna manera, Márai nos describe una Europa descabalada donde todos circulan en calidad de extraños porque han sido soldados del enemigo. Al amable turismo de la época imperial sucede una sorda guerra civil, capaz de volver a estallar en cualquier momento. Este

vasto drama encuadra las historias personales de amor y trabajo, amistad y aventuras, cafés y hoteles, redacciones y terminales ferroviarias, que sirven al narrador para urdir la que tal vez sea su mejor ficción, el gran teatro de la memoria convertido en gran teatro del mundo.

Tomás Moro, *Peter Ackroyd. Traducción de Ángela Gimeno-Balonwu. Edhasa, Barcelona, 2003, 647 pp.*

Una vez más, Moro (santo si usted lo prefiere) vuelve al mundo de la biografía. Ackroyd, excelente en el ramo, revalida sus cualidades. Recorre los documentos y allí donde faltan reconstruye el mundo de la época con fuentes análogas. Así podemos entrar en casas, colegios, hospitales, iglesias, conventos y cárceles de la Inglaterra en los albores modernos. Vemos de cerca de los personajes, palpamos sus vestimentas, olemos y saboreamos sus comilonas.

El retrato que nos deja el autor no es compasivo ni lírico. Aunque autor del libro clásico de las utopías, Moro aparece como un realista que ha hecho el escarnio del utopismo, mostrando su lado grotesco y absurdo. Se aproxima al humor irónico de su amigo Erasmo, tanto menos estricto y heroi-

co que él, porque no aspiraba a la santidad sino a las bellas letras y a ser escuchado por los grandes de este mundo.

Moro, en cambio, fue un trabajador frugal e implacable, servidor del Estado y del rey, despiadado en la defensa de la ortodoxia hasta el punto de quedar mal con la Corona y acabar en el patíbulo. Como dice Ackroyd, fue el último humanista medieval, siervo de la Iglesia como prenda de la unidad europea, enfrentado con el primer monarca absoluto de la modernidad.

Como toda buena biografía, ésta se recorre con fluidez y tiene las calidades de una prolija narración. La novela sirve de modelo al biógrafo. Los archivos hacen su aporte. La estrictez de su imaginación cumple con lo demás.

Diario portugués, *Mircea Eliade. Traducción de Joaquín Garrigós. Kairós, Barcelñona, 2004, 297 pp.*

Entre 1941 y 1945, Eliade estuvo empleado en la embajada rumana de Lisboa. Este diario recoge sus apuntes del periodo y es la primera vez que se publica en cualquier lengua. Unos oportunos anexos, con textos del autor y del mismo tiempo, completan la entrega.

Eliade ha escogido buenos ejemplos de diarios –Gide y Green, evidentemente– y los aplica con talento. Hay carácter y destino en estas páginas que, al final, tejen una historia. El hecho de que sean páginas diarias les añade un énfasis: lo imprevisible de toda historia, la necesidad de investigarla y, a menudo, de inventarla.

Carácter significa contradicción y Eliade pone las suyas en escena. Dice no interesarse por las críticas a sus obras pero las discute. Se propone cósmico pero su ego vanidoso es monumental. Quiere ser asceta y tiene periodos de abstinencia y de sexo eufórico. El mundo le repugna mas no lo abandona ni un minuto. Evoca su temporada mística en la India a la vez que anhela volver a París, no al Himalaya. Su fórmula, al respecto, es nítida: un pagano clásico que intenta cristianizarse.

Apolítico y ahistórico, sin embargo no puede dejar de ser un hombre de Occidente, que fantasea la utopía de un hombre anterior a la historia (paradójico por su inexistencia) y comprueba que la historia hace humano al hombre, valga el eco, por medio de la desesperación. En cuanto a la política, Eliade fue de los europeos que creyeron que Europa había sobrevivido a la guerra de 1914 y que Hitler la iba a salvar del doble peligro americano y ruso. Se

equivocó y no fue nada crítico de su error, lo cual es reprehensible en alguien de su inteligencia.

Eliade era, en cierto sentido, un inevitable rumano. Perteneció a un país inventado a fines del siglo XIX, forzado a construirse un pasado, siempre al borde de la desaparición entre las fauces germanas o eslavas. Este vértigo mortal insiste en cuantiosas páginas del diario.

No faltan retratos de una certeza admirable, propia de un excelente novelista: D'Ors, Ortega, Karl Schmitt. Imposible no conmoverse con la muerte de su mujer y el sentido que da al resto de su vida: una ofrenda laboriosa a su memoria, hecha a solas con Dios. Otras apariciones sorprenden por la reverencia hacia figuras mediocres como Oliveira Salazar, el general Carmona o Pilar Franco. Pero no hay luz sin penumbras y una sensibilidad alerta como la suya debía ponerse a prueba en ambas.

Diario 1945-1969, Mircea Eliade. Traducción de Joaquín Garrigós. Kairós, Barcelona, 2004, 364 pp.

Por primera vez se traduce íntegro este diario escrito en rumano y que antes se conoció, parcial, retraducido del francés. Abarca desde la llegada de Eliade a París,

tras su misión en Lisboa, hasta 1969. Son, al principio, años de exilio y privaciones, luego de reconocimiento universal, con edición abundante y cátedras en la Sorbona y en Chicago, donde el escritor murió en 1986. Un dato es radical en este orden: Eliade adopta el francés como lengua de sus ensayos y tratados. Sale de la provincia rumana para incorporarse a una de las lenguas más extendidas del mundo letrado.

Despojado de su angustia histórica, aceptando que no volverá a Rumania y contento de vivir en grandes ciudades, el escritor se dedica, sobre todo, a construir su universo intelectual, basado en el comparatismo religioso. Su concepción de lo sagrado es, en el fondo, ilustrada: todas las religiones tienen un sustento común y difieren en lo histórico, cultural, ritual, pero no en lo sustancial. Religioso es el ser humano por definición: un animal que busca lo absoluto siendo relativo, lo eterno siendo mortal, lo otro siendo lo uno y lo mismo. Sueña con el Paraíso, sempiterno presente, sin pasado ni futuro, donde se es sin existir. O la síntesis yoga de lo divino: ser y no ser al mismo tiempo.

Por todo lo anterior, Eliade siempre ha tendido a explicar y explicarse las mitologías que articulan las distintas religiones. De ahí la importancia de su estudio comparado e interdisciplinar, que abarca la filología, la antropología y

un largo catálogo de especialidades sin excluir el psicoanálisis, en particular el de Jung, con su código de arquetipos del inconsciente.

Algo de cristiano hay en Eliade, entendido el cristianismo como una variante del platonismo: la separación del alma y el cuerpo que hace posible la ciencia al objetivar la naturaleza. Y lo opuesto: la encarnación del Dios único en un ser humano. Esta tensión se resuelve, si cabe la resolución, en angustia y agonía, lo cual explica su interés por Kierkegaard, Agustín y Unamuno. Al principio y al final está la filosofía como iniciación y ésta como aquélla.

Una fascinante conclusión antropológica puede servir de clave a Eliade, tal como se examina en estas páginas lúcidas y necesarias: el hombre es una totalidad ideal pero no real y por ello tiene historia. Algo incomprendible pero razonable. En esa paradoja se instaló el escritor rumano desplegando una obra de ambiciosa solidez, indispensable en la historia intelectual del siglo XX.

La cultura fascista, Ruth Ben-Ghiat. Traduzione di Maria Luisa Bassi. Il Mulino, Bologna, 2004, 360 pp.

En un conseguido esfuerzo de síntesis, la investigadora nortea-